Atados por el Destino



ANA CORDOBÉS

ATADOS POR EL DESTINO

Atados por el destino

Ana Cordobés

© Ana Cordobés, 2020
© Ilustración de la cubierta: Lola Cruz

Primera edición: diciembre de 2020
ISBN: 9798585809637
Impresión y encuadernación: Amazon KDP
Corrección: Ana Cordobés
Montaje: Ana Cordobés
Sello: Independently published

Redes sociales.
Instagram: @anacordobes_writer
Facebook: Ana Cordobés

Esta es una obra de ficción, los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien son usados en el marco de la ficción.

Todos los derechos reservados.

Para mi tío Antoñin,
te echamos de menos cada día.

Hay un pájaro azul en mi corazón que
quiere salir
pero soy duro con él,
le digo quédate ahí dentro, no voy
a permitir que nadie
te vea.

-Charles Bukowski.

1 Ángel

Un ruido lejano me va despertando poco a poco hasta que consigo distinguir los ladridos de mi perro. Me estiro con cuidado sobre las sábanas blancas de satén y cojo la bata colgada sobre la silla. Camino hacia el salón donde se encuentra Coco, mi querido y puñetero hijo, ladrando sin cesar a la puerta. Me estiro sobre la punta de mis pies para ver por la mirilla de quién se trata. El cartero. Genial... Y yo con estos pelos de loca.

—Buenos días —saludo cordialmente con la voz de camionero y los ojos achinados por el sueño.

—Buenos días, ¿Lucía López? —afirmo con la cabeza, aún atontada—. Le traigo un paquete a su nombre, firme aquí.

Firmo y me despido del cartero, quien por cierto es muy guapo, y voy a abrir el paquete. Frunzo el ceño al ver que me lo envía mi padre. Intento hacer memoria sobre las últimas conversaciones que mantuve con él por teléfono y podría jurar que no me nombró ningún paquete. Sacudo la cabeza y lo abro con ansias. Un pequeño ángel verde esmeralda junto a una cadena de plata es lo primero que veo. El colgante de mi hermano. Lo cojo con las manos temblorosas haciendo que una pequeña nota se mueva en el fondo del sobre, llamando mi atención.

Cuando te llegue mi collar ya no estaré, espero que te de fuerza todos los días. Estoy orgulloso de ti y te quiero, pequeña.

Álex.

Me llevo la nota al pecho y suspiro tragándome el nudo en la garganta que me asfixia desde que se fue. Limpio con rapidez las dos lágrimas que se escapan de mis ojos dejando la nota sobre la barra de madera de la cocina.

—Yo también te quiero hermanito —murmuro.

Después de ducharme y de pasear con Coco por el vecindario, voy derecha a la oficina. Me encanta mi trabajo, pero no soporto a mi jefe, es un viejo verde exigente que no me deja tranquila ni cinco minutos mientras que mis compañeros no mueven ni un dedo. Lucía esto, Lucía aquello, Lucía lo del más allá, un café señorita Lucía... Siempre salgo la última de la oficina y entro de las primeras, me llevo trabajo a casa que no me corresponde e incluso tengo que ayudar a otros compañeros con sus tareas cuando estoy hasta arriba de las mías. Más de una vez he tenido que contenerme para no gritarle que se metiera la lengua en el mismísimo trasero, pero claro, sigo teniendo algo de sentido común y respeto por mi trabajo, no están las cosas como para quedarse en paro... Cuando llego a las puertas, suspiro angustiada. ¿Qué aventura me esperará hoy?

—Buenos días compis —saludo con alegría mientras cruzo el holding con celeridad. Sus sonrisas algo tildadas de preocupación no tardan en llegarme.

—Buenos días, Lucía. Pase a mi despacho en cuanto deje sus pertenencias —y aquí estaba el petulante de mi jefe: el señor Marco Hernández.

Voy directa a mi pequeño pero cómodo despacho tras poner los ojos en blanco sin que me vea, cuelgo mi bolso en el respaldo de la silla y peino mi pelo castaño con los dedos. Tras dar un respiro, ando lo más rápido que puedo hasta su despacho. ¿Qué querrá hoy? ¿que le bese los pies?

—Dígame señor Hernández —saludo con educación, aunque mentalmente me estoy cagando en sus antepasados.

—Quiero que traduzcas estos cinco capítulos para hoy, tienen que estar listos a las tres de la tarde y... Después de comer me harás un informe, ya te diré de qué.

—De acuerdo, ¿algo más?

—Nada más —sentencia—. ¿Me has escuchado? —asiento con rapidez y suspiro interiormente, tranquila Lucía, tranquila... Respira. Le observo esperando a que continúe, viendo como su mente trama algún plan maléfico para joderme el día—. Por ahora.

Cuando salgo de la oficina son cerca de las seis de la tarde y aunque estoy completamente exhausta, me voy un rato al gimnasio. La clase de zumba se me hace más corta de lo normal y como aún sigo estresada gracias a mi querido jefe, decido meterme en una clase de spinning tras una hora de musculación. Acabo tan cansada que al llegar a casa apenas tengo fuerzas para dar un paseo con mi perro, pero, aun así, como mujer independiente y responsable que soy, damos un paseo largo bajo las luces de las farolas. Ya podría tener un pez, pero no, tenía que tener un perro. A la vuelta me quedo dormida delante de la televisión, cansada y relajada.

Los dos siguientes días se me hacen eternos, hasta que por fin llega mi querido y deseado viernes. ¡Gracias a dios! Me levanto con más energía que en toda la semana y mientras voy de camino a mi cafetería favorita de todo Madrid, busco mi teléfono para llamar a María, una de mis mejores amigas. Tras tres tonos, contesta.

—¡Hola chochoooo! —grita con su vocecilla de pito.

—¡Hola nenaaa! ¿Vamos hoy al fifty?

—¡No me digas que sólo me llamas para ver si salimos de fiesta! ¡puedo estar muriéndome y a ti te da igual! —incluso tras el teléfono, noto como pone los ojos en blanco —. No tienes remedio Lucía...

—No pongas los ojos en blanco boba, claro que me importa, pero como sé que estás bien… —intento poner la cara más adorable del mundo, aunque se que no me ve—. ¿Vamos a ir al Fifty?

—¡Que sí pesada! —suelta unas risotadas—. ¡Vamos a ir a bailar y a beber!

—Y con suerte pescaremos algo... —nos echamos a reír al unísono.

—Seguro que pescamos a algún moreno guapo, ¡capitana pescanova!

—Bueno Mar, hablamos más tarde, acabo de llegar a la oficina y ya sabes como es mi jefe si llego tarde.

—Oh si, ¡don gruñón! —se ríe—. Suerte nena, ¿te recojo a las nueve?

—Si, ¡nos vemos pescanova!

Tras guardar el móvil en el bolso subo corriendo las escasas escaleras que me separan de la puerta principal. Le dedico una sonrisa a Martina, la recepcionista, y voy directa hacia el ascensor. Nada mas abrirse las puertas de metal lo primero que veo es un grupo de policías. ¿Pero qué cojones...? Busco con la mirada a mi jefe, pero no le encuentro entre la multitud. Los compañeros se mueven en torno a los policías, fingiendo trabajar. Tras un gran escrutinio consigo ver a José hablando con un policía alto y moreno. Me acerco a ellos y pregunto qué ha pasado.

—Aquí las preguntas las hacemos nosotros, señorita —responde el policía sin mirarme. Al principio me quedo bloqueada, pero respondo enseguida.

—¿Sabe que es de mala educación no mirar a las personas cuando habla? —pregunto mientras cruzo los brazos sobre el pecho.

Cuando acabo de hablar el policía gira su cara hacia mí, frunciendo el ceño. J O D E R. Qué guapo es. Un compañero se acerca hasta él y le extiende unos papeles. Parpadeo en un intento por despejarme y mientras él revisa lo que tiene delante, me detengo a observarle. Tiene el pelo corto y bien peinado hacia atrás, los ojos marrones más oscuros que he visto en mi vida y unos labios gruesos perfilados por una barba de tres días. Madre mía, es un pecado andante. ¿¡Pero en qué estoy pensando!? ¡por Dios que es-

tá aquí la policía! Justo cuando voy a abrir la boca para preguntar qué está pasando una vez más, el policía se dirige hacia mí.

—Perdone, pero como puede ver tengo mejores cosas que hacer que pararme a hablar con usted y mirarle, si me permite.

Extiende el brazo y señala a mis espaldas en una clara señal para que le deje pasar, me aparto a un lado sin girarme a ver de qué se trata y él se va con paso firme hacia la otra punta de la habitación.

—¡No le hables así a la autoridad, Lucía! —me regaña entre susurros José.

—¿Has visto lo guapo que es? —cuchicheo intentando cambiar de tema. Él se ríe.

—No tienes remedio, nuestro jefe en el hospital y tú aquí babeando —rechista con sorna.

—¡¿Qué?! ¿Qué le ha pasado al señor Hernández? —abro los ojos de par en par sorprendida y José asiente con la cabeza.

—No sabemos mucho al respecto, sólo que ayer le atracaron y está herido de gravedad.

Me llevo las manos a la boca para silenciar el grito de sorpresa que se escapa de entre mis labios. ¿Cómo ha ocurrido? ¿Por qué? ¿Qué pasará con nosotros ahora? Todas estas preguntas se confabulan en mi mente mientras ando hacia los despachos con mi compañero, en completo silencio. No sé si hoy habrá trabajo ni cómo estará mi jefe y la curiosidad me mata. Vale que Marco no es santo de mi devoción, pero no quiero que le pase nada malo. Aunque... Pensándolo bien... Si se da de baja un tiempo no seré yo quien se queje.

Durante toda la mañana nos encontramos bastante desorientados, sin saber muy bien qué hacer. El señor Hernández no es muy querido en la editorial, pero ante todo somos humanos y no queremos que le ocurra nada malo. Y

eso es lo que le dijimos casi todos los trabajadores a los policías, que nos interrogaron a lo largo de la jornada, de uno en uno. Las preguntas fueron sencillas por lo que las respuestas no podían ir mucho más allá de lo que llanamente sabíamos; el señor Marco Hernández era una persona hosca y malhumorada pero fuera de la oficina no le conocíamos apenas. Unos golpes en la puerta interrumpen mis pensamientos.

—Lucía, tenemos reunión en la sala cuatro —suelta Martina de recepción, asomando su rubia cabeza por el quicio de la puerta.

Cojo mi móvil del bolso y tras meterlo en el bolsillo de mis vaqueros me dirijo hacia la sala que ha nombrado. Nada más entrar veo que hay tres compañeras llorando y todos los demás miran hacia el suelo con el rostro serio. Me empiezo a preocupar de inmediato. Quizá Marco sí que ha fallecido... ¿Qué pasará con la editorial ahora?

—Bueno…— El vicedirector carraspea y hace un repaso por la sala con la mirada—. Tengo que comunicaros que nuestro director Marco Hernández ha fallecido —la sala se enciende en murmullos—. Seré el director en funciones hasta que decida quién puede ser el próximo director de Ediciones S.A. Madrid.

Tras salir del trabajo y recoger a mi perro de mi casa, voy directa al Starbucks. Nada mejor que un chute de cafeína para seguir funcionando lo que queda de día. Mientras paseamos, Coco con su larga cola en movimiento y yo con un delicioso macchiato de caramelo en la mano, observo Madrid. Realmente es una ciudad muy diferente a la que nací, Córdoba es más bien un pueblo grande donde casi todo el mundo se conoce, pero Madrid... Madrid es una ciudad que te absorbe, te atrapa y te empuja a velocidades extremas sin que te des cuenta. Aquí la vida corre mientras que allí la vida vive y sinceramente, ahora mismo, no sé lo que

prefiero. El tono de llamada de mi teléfono interrumpe mis pensamientos de golpe y contesto sin mirar a a pantalla.

—¿Si?

—¡Hola Lu! ¿Cómo estás? —la fina voz de Lola me llega desde el otro lado de la línea y sonrío con tristeza.

—Hola nena, estoy todo lo bien que puedo estar, te echo de menos... ¿Y tú?

—Yo también te echo de menos, espero que el trabajo me de un respiro para poder ir a verte —dice con aire ausente.

Lola es mi mejor amiga de Córdoba, una exitosa y preciosa ilustradora a la cual no veo desde que murió mi hermano. Sonrío con tristeza recordando las horas que estuve con la cabeza sobre sus piernas mientras me acariciaba el pelo en un intento por tranquilizarme el día en el que todo acabó.

—Seguramente vaya yo antes, aunque las cosas no están muy bien en el trabajo…

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado?

—Mi jefe, el que me hacía la vida imposible, ¿te acuerdas? —Lola hace un sonido en tono afirmativo—. Ha muerto. Bueno, le han matado.

—¿Le han matado? Pero... ¿Pero dónde estás metida?

—¡Te prometo que no hay nada ilegal en la editorial y no miento acerca de mi trabajo! —digo lo más rápido que puedo. Sé lo dramática que puede ser Lola, no quiero arriesgarme a que venga para llevarme de vuelta a Córdoba—. Le atracaron por la noche y le apuñalaron, al menos eso es lo que sabemos.

—Bueno, allí en Madrid eso es muy normal, ¿no?

—¡Por dios Lola, si eres más exagerada revientas! —resoplo—. Bueno nena, ¿me has llamado para algo en concreto? —pregunto cambiando de tema magistralmente.

—Ay sí. En un mes es mi exposición de arte, debes confirmarme si vas a venir por el tema de las entradas, ya sa-

bes... Es un poco rollo, pero ni siquiera puedo colar a mi mejor amiga —suspira.

—Claro, cuenta conmigo, sea como sea estaré allí.

Tras hablar durante unos quince minutos más de esto y lo otro cuelgo con una sonrisa en la cara. Hablar con Lola es terapéutico, tranquilizador... Es una de estas personas con las que sientes que pase lo que pase, si la tienes al lado, todo va a ir bien. Cierro la puerta de casa con el pie mientras desabrocho el arnés de Coco y corro directa hacia la ducha. Con la toalla atada en el pecho y el pelo recogido en un moño, observo el vestidor. Otro problema más... No tengo nada que ponerme. Le escribo a María con rapidez y tras un informe detallado de lo que lleva puesto, me pongo un vestido negro ceñido con la espalda al aire. Lo conjunto con unas botas altas y una cola de caballo completamente apretada. Vamos, que poco más y se me achinan los ojos. Termino mi conjunto de femme fatale con el último pintalabios rojo que le robé a Lola y un poco de máscara de pestañas. Tras asegurarme de que no queda ningún resto alrededor de los ojos, corro hacia la entrada, cogiendo la chupa de cuero y el bolso en el camino.

Conducir por Madrid es una auténtica mierda. María, quien me iba a recoger esta noche, está sentada a mi lado mientras toquetea la radio y pone muescas de asco ante la música de Los 40 Principales. No sabía que ahora el concepto de "recoger" se resumía en ir a casa de alguien y que esa persona coja su propio coche para entrar en el mismísimo infierno, pero así es María y así le quiero. Aunque sinceramente ahora mismo la mataría por hacerme pasar por los atascos interminables y los cambios de canciones cada cinco segundos. Al final, cansada de mezclar en mi cabeza las voces de Pablo Alborán, Dani Martín y otros tantos apago la radio ante la cara de sorpresa de mi amiga.

—¡Eh! ¿por qué la apagas?

—Me estás poniendo negra, tía —respondo sin mirarla —. Te quiero mucho, pero tienes el gusto musical en el culo.

—Ja ja. El problema es que ya no hacen música como la de antes.

—Todo evoluciona en esta vida, deberías de ir aceptándolo —digo mientras me río. María me saca la lengua y cruza los brazos en un gesto infantil—. No te enfurruñes, ahora te pondrán música de verdad en el Fifty.

—¡Oh sí nena! —grita subiendo los brazos en un gesto de victoria.

Entre risas y alguna que otra disputa más, llegamos al Fifty, nuestro local favorito de Madrid. Es un local pequeño pero acogedor revestido de madera. Al entrar la increíble barra con unos taburetes en negro te dan la bienvenida, induciéndote a pedir algo para beber. Las vitrinas de detrás, repletas de bebidas alcohólicas, brillan debajo de las luces en forma de aro que caen desde el techo y el parquet apesar de ser de madera, se siente blando bajo los pies. Algunas mesas redondas se esparcen por el local sin invadir la zona para bailar, dando la oportunidad de que la gente se reúna y converse.

—Lu, ¿vamos a por algo de beber? —pregunta en voz alta María, haciéndose sonar por encima de la música.

—¡Claro! ¿Empezamos por algo fuerte?

—¿Tequila?

—Eso estaba pensando yo.

Nos dedicamos una sonrisa cómplice y tras chocar las manos nos movemos con rapidez hacia un extremo de la barra. Javier, el camarero, nos recibe con una sonrisa. Deberíamos ser VIP'S aquí, aún no entiendo por qué no hacen descuentos o bonos para grupos de amigas borrachas y solteras.

—¡Ey chicas! ¿Por dónde empezamos?

—Por dos chupitos de tequila —contesta Mar—. Mejor dicho... Dos chupitazos de tequila.